

Didáctica (Lengua y Literatura)
2000, 12: 199-210

ISSN: 1130-0531

Mitos y contra-mitos de la mujer libertaria en «La Indomable» de Federica Montseny

Ana NÚÑEZ RONCHI
Arizona State University

Si concebimos a un hijo varón
creamos al cruel tirano
y amamantamos al verdugo
que nos sangrará y despojará.
Monteverdi, *La coronación de Popea*,
Opera en tres actos.

Resumen

Al tiempo que implica una revisión del canon literario, este trabajo estudia cómo rompe *La Indomable* (1926/7) de la libertaria Federica Montseny con los mitos sobre la mujer en la tradición semítica e indo-europea, sin lograr sin embargo despegarse de una corriente que, al interior mismo del anarquismo, ve la maternidad como una panacea para las mujeres.

PALABRAS CLAVE: Anarquismo, mitos y contra-mitos sobre la mujer, canon literario.

Abstract

While presupposing a revision of the literary canon, this work studies how Federica Montseny's *La Indomable* libertarian novel sets free from the Semitic and Indo-European myths about women, without nevertheless being able to detach itself from a trend that, within anarchism, sees maternity as a panacea for women.

KEY WORDS: Anarchism, myths and counter-myths, literary canon.

Résumé

Tout en impliquant une remise en question du canon littéraire, ce travail tente de montrer comment *La Indomable*, le roman de l'anarchiste Federica Montseny,

rompt avec les mythes sémites et indo-européens de la femme, sans pour autant se détacher de la tendance qui, au sein même de l'anarchisme, érige la maternité en panacée pour les femmes.

MOTS-CLÉS: Anarchisme, mythes et contre-mythes, canon littéraire.

La Indomable, novela de juventud (1926/27) de la que fuera una de las más notables anarquistas españolas de nuestro siglo, Federica Montseny, reviste un doble interés; por un lado, el de presentar abiertamente dos de los grandes motivos (con sus respectivas figuras) de la literatura semítica e indoeuropea: el de la mujer sometida (ya sea la mujer «naturalmente» buena, ya la fierecilla domada) y, por otro lado, el de su contra-mito (el de la mujer dominadora); los dos encuadrados dentro del marco de referencia del movimiento anarquista español. Hay que señalar, desde este punto de vista, que *La Indomable* es una de las pocas novelas del anarquismo español cuya protagonista es una mujer —la llamamos novela por comodidad, aunque, desde el punto de vista de los modos discursivos, se trata de una obra de narratividad mínima; *La Indomable* funciona, al contrario, como un (pre)texto en el que se «ensayan» los argumentos de la utopía anarquista—. Ciertamente, y sin remontarse muy lejos, no faltan novelas que apelan al contexto político-social de la lucha anarquista: baste citar las emblemáticas *La aurora roja* de Pío Baroja y *La bodega* de Blasco Ibañez; las dos relatan, con su ímpetu viril tan característico, la lucha del hombre anarquista. De la mujer anarquista sin embargo, poco nos dice la literatura del momento. Sin duda, merece la pena un acercamiento a los textos tanto de escritoras femeninas anarquistas como de aquellos de protagonismo femenino, si no para establecer un canon literario de contenido anarquista más comprensivo, al menos para revisar el ya establecido. A diferencia de la figura política, la obra de Montseny, por lo pronto, no ha recibido la atención de la crítica literaria. He aquí donde reside el interés añadido de su estudio.

Se trata entonces de describir cómo se articulan en *La Indomable* los dos mitos tanto desde la visión externa que de Vida (así se llama la protagonista) tienen los demás personajes, como desde su propia visión interna, y cómo la novela apela al contexto del anarquismo español.

Para abordar el tema, podemos aludir al título de la novela, sin duda significativo, ya que apunta hacia todos aquellos innumerables antecedentes literarios (por lo menos por lo que a las tradiciones semítica e indo-europea se refiere), con que cuenta el tema del sometimiento de la mujer; desde la Biblia: «Ton désir te poussera vers ton homme et il te dominera» (Génesis, 3: 16), hasta uno de los capítulos más conocidos de *El Conde Lucanor*, que don Juan Manuel tituló «De lo que con-

tesció a un mançebo que casó con una muger muy fuerte et muy brava», pasando por Shakespeare, cuyo *The Taming of the Shrew*, tomado del fondo común de la literatura popular europea, serviría de inspiración a don Juan Manuel. Asimismo, la traducción más común del título de la comedia de Shakespeare al francés, *La mégère apprivoisée*, no deja de llamar la atención, ya que hace directamente referencia a una de las tres Erinias (o Furias) del Hades griego, mientras que en el lenguaje corriente, «mégère» remite a harpía, y significa simplemente «mujer que deja violentamente curso libre a su cólera, a su odio», o bien «furor particularmente vivo que se manifiesta estrepitosamente» (*Dictionnaire Le Grand Robert*).

Como lo vamos a ver, la novela juega con cuatro adjetivos que se oponen dos a dos: *sometida* y *dominante* (o *dominadora*) por un lado, e *indómita* e *indomable* por otro.

En cuanto a *indomable* (raíz del latín «dominus», *dueño*, derivado de «domus», *casa*), la consulta del *Diccionario de uso del español* de María Moliner (MM) resulta muy instructiva:

INDOMABLE:

1. (Aplicado a animales). «Indomesticable». No domable.
2. (Aplicado a personas; puede ser laudatorio o reprobatorio). Se aplica a quien no se deja someter o no se sujeta a obediencia: «Un pueblo indomable. Un chiquillo indomable». (V. «rebelde, valiente».)
3. También, «valor [orgullo] indomable».

Al igual que *indomable*, *domar* se aplica en su primera acepción a animales, remitiendo a «casero» y a «doméstico»:

DOMAR

1. «Amansar. Domesticar». Hacer que un animal pierda su bravura o que obedezca al hombre: «Domar un tigre [un potro]».
2. (Fig.). «Someter». Quitarle la rebeldía a una persona. (Fig.). Hacer que una cosa, por ejemplo unos zapatos, se adapte o adquiera flexibilidad (V. «acostumbrar».)

Hay que resaltar, además, la diferencia entre «indomable» e «indómito», ya que la primera remite a una propiedad intrínseca del sujeto, a una imposibilidad y a una permanencia, mientras que la segunda alude a un estado de cosas alterable. Si seguimos las definiciones del MM tenemos:

INDÓMITO, A:

1. (No frec.). No domado o domesticado.
2. No domesticable. (Aplicado a personas; puede tener sentido laudatorio o de censura). «Indomable». Difícil de someter.

Hay que notar que, si bien la segunda acepción propone «indomable» como posible sinónimo, en seguida esta posibilidad es limitada por el carácter gradual (intensivo) de la posibilidad: «difícil de someter».

Por último, la definición de «dominante» («dominador,a») nos interesará en su primera y segunda acepción:

DOMINANTE:

1. (Adj.). Se aplica a lo que domina en cualquier acepción: «La nación dominante. El rasgo [la influencia] dominante. La tendencia dominante de la moda en esta primavera».
2. (Adj. y N.). Se aplica a la persona que tiene tendencia a imponerse despóticamente a los demás.

El tema del sometimiento al hombre de la mujer parece ser una tendencia casi absoluta (de la cual tal vez quedan a salvo los humanistas) de toda la literatura occidental, incluso de la más reformista: para que cambie la sociedad debe cambiar la mujer, mientras que el hombre, esencia de sí mismo, puede permanecer invariable. Llamen la atención, a este respecto, el sinnúmero de tratados sobre la educación física y moral de la mujer, que proliferan desde el siglo XVIII. Al mismo tiempo, es significativa la noción de «maleabilidad» de la mujer frente a la «inflexibilidad» del hombre: si la mujer es dominada, ello presupone que es efectivamente domeñable. Por otra parte, es un lugar común del anarquismo proclamar la ausencia de dios y de señor. A finales del siglo XIX y comienzos del XX sin embargo, una vez entrado en crisis el discurso teológico, será el nuevo discurso cientifista (patente en formaciones y asociaciones recién creadas como El Siglo Médico, la Sociedad Ginecológica Española o la Academia Nacional de Medicina) el que tome el relevo, proclamando la inferioridad de la mujer frente al hombre. Y esto se hará en nombre ya del esencialismo biológico (es el caso de un Pompeyo Gener, por ejemplo, que argumenta a favor de incapacidad de reflexión en la mujer greco-latina y de su función esencialmente reproductora), ya del argumento económico: el trabajo doméstico de la mujer, por útil y necesario que sea (ella sigue siendo, al fin y al cabo, «el ángel guardián del hogar»), no tiene valor pecuniario. Baste citar, a modo de ejem-

plo, la obra de Pilar Pascual de Sanjuán, *Flora o la educación de una niña* de 1918. Siendo entonces la mujer «naturalmente» inferior (menos inteligente que el hombre, es decir, más «bestial» y más débil físicamente), no hay razón para que, por un lado, no nazca «naturalmente» sometida al hombre, o, en caso de rebeldía, que no deba ser sometida por él, puesto que es de materia dúctil. En *La Indomable*, ello queda patente en una de las irónicas exhortaciones de Carlos Bau, inconfesablemente enamorado de Vida, como si efectivamente estuviera en manos de Vida el operar la transformación:

No cambies. ¿Qué importa que sufras, que no seas comprendida, que mueras o que mates? Resulta un espectáculo hermoso y que se contempla con comodidad e interés desde la barrera. Eres una hermosa leona, desmelenada y rugiente. ¡Bravo, hija!» (161)¹

En otra conversación, Carlos le confiesa igualmente a Vida que nunca podría casarse con ella porque él necesita una bestia domesticada y ella es una magnífica fierecilla: «Tú, porque necesitas un león y yo, porque soy un gato» (86). Según él, el destino de las fierecillas indómitas, el destino de las que se colocan «resueltamente fuera de los senderos trillados a la mujer española» (85)², es el de amar y no llegar a ser amadas nunca, aunque sí deseadas: «Serás muy atrevida en amor, le pronostica Carlos una noche, y, naturalmente, todos los hombres te comprenderán y ninguno llegará a amarte» (83).

Vida, al contrario, dirá de sí misma: «Soy *impotente* yo misma para cambiarme . . . No puedo, porque todo en mí protesta y me levanta» (135). Y más adelante: «No *debo* cambiar, para honra y prez del género humano» (161), «Siempre seré yo» (71), asegurará Vida. Esta aserción recuerda sin duda a la del dios cristiano, que en tanto que dios no puede tener historia: «Soy el que soy». En su conversación acerca del amor con Carlos Bau, éste exclama:

- ¡Vive Dios, que el hombre que se enamore de esa fierecilla, buen domador habrá de ser!
- ¡Pero si soy *La Indomable* no se me podrá domar!
- Por fortuna, gran domador es el amor.
- Oh, un amor que dome, ¡pobre amor! (78).

¹ Todas las citas pertenecen a la edición de 1991 a cargo del Instituto de la Mujer en la editorial Castalia.

² España, en opinión de Vida, es un pozo de recalcitrante decencia e hipocresía; cuando el director de una revista para la cual trabaja le advierte de que «Estamos en España y no en Francia», ella contesta: «En efecto. Tiene usted razón. Me olvidaba del país donde nació» (94).

Así se alza la voz de la protagonista de *La Indomable*, rompiendo con el estereotipo de la fierecilla domada: Vida, fiera y brava (66), poco dúctil (123), se opone, con su propio cuerpo, palabras y actos, a una tradición que pretende someter a la mujer en tanto que objeto sexual:

Si surgía un arriero, que desde lo alto del carro le gritaba obscenidades, si aparecía en el borde de una viña un payés lascivo y acometedor, ¡oh, qué *bravío* recibimiento les esperaba! La *fierecilla* sentía que toda la sangre le aflujía al rostro (67).

Si bien la novela se alza como un grito contra la dominación de la mujer (la portada de la edición a cargo del Instituto de la mujer muestra precisamente un retrato de mujer titulado «Montserrat gritando», de Julio González), la protagonista no aparece aquí tan sólo como la mujer indómita, sino, en el extremo de esa propiedad, como dominadora, cuya «fuerza magnética» (99) y «personalidad demolidora» (124) resultan irresistibles: «Los seres que giraban alrededor suyo, que sufrían su influencia y entraban dentro del radio de su vida, insensiblemente, sin ella ni ellos darse cuenta, sentían la fuerza creadora y atractiva de la joven» (99). «Bernardo, como tantos otros, sufrió la influencia singular de la joven» (101), «La seguía como la sombra al cuerpo» (107).

Una de las características de la mujer dominadora es, por lo menos en su visión externa, su a-sexualidad. La mujer viril es *αντρανεγοία* en el doble sentido de la palabra: la «mujer-hombre», la Amazona (a-mazôn, «sin seno») o la Valkiria, en oposición de igualdad del hombre: «Hoy te he querido particularmente porque he descubierto una mujer en el fondo de *La Indomable*», reconocerá Carlos (165), pero también la «mujer anti-hombre», devastadora, devoradora, enemiga del hombre. Y ¿por qué no?, finalmente, una mujer sin hombre, puesto que ese parece ser el destino de Vida, para quien el ideal de hombre, el «Hombre» mayúsculo (173) sólo puede ser un sueño soñado del que tiene que despertar: «Era la síntesis de todas las fuerzas y las bellezas . . . Se puso como yo en camino y después de mucho caminar, de sufrir mucho, nos encontramos. Y mi sueño terminó aquí» (173). De los hombres que han cruzado por su vida, dice la protagonista:

[Carlos] Altay, el hombre de las aproximaciones de ideal; Germán, el soñador pasivo, que podía haber sido el ideal entero y que ya no podía serlo; León, el místico, en el que las ideas lo absorbían todo con la pujanza y el exclusivismo de divinidades. Y ahora Sergio, vencido en la lucha por la existencia, despojo conmovedor y porvenir nulo... y ella, demasiado mujer para todos (158).

Aquí vemos esa conciencia de superlatividad que le impide relacionarse con un hombre como lo haría cualquier mujer.

En efecto, la mujer dominadora queda al límite de lo humano: «Todos decían que era una muchacha de pasta distinta a las demás» (67), oscilando entre lo infrahumano (lo bestial: Vida se auto-califica de «salvaje» y «zulú»):

Esta sensación fatal e inevitable de vacío que me envuelve, me aísla en medio de todo el mundo, me deja sola, sola, sola... No he llegado nunca, nunca, a sentir ese sentimiento de *compañía*, es decir, de afinidad, de fraternidad, de semejanza, que liga un ser a otro (135).

y lo suprahumano, por no decir lo divino (o supradivino); todos los calificativos de Vida apuntan hacia la superlatividad, la superación de los hombres y de sí misma —«pequeño Hércules femenino» (52), «hada» (140), dice de sí misma—, tal y como lo hemos visto para Carlos Bau y como lo dejan suponer Altay y su propio padre:

La creo una enorme, una excesiva, una desbordante y extraordinaria mujer. *Demasiado mujer* para un hombre solo, para un pobre hombre como yo, por lo menos. Si encuentra algún gigante, algún ser de su talla, formarán una pareja de *titanes*... De ellos nacerán semidioses (120).

asegura Altay. Y más adelante añadirá su padre: «La quería independiente, revolucionaria, original, indomable, pero no tanto» (160). Vida tiene la misma impresión de sí misma desde su propia perspectiva interna (focalización): «Y ella, demasiado mujer para ella misma» (158); «Si no hubiese adoptado el gesto dinámico de la marcha permanente hacia un fin sin meta y sin límites posibles» (121).

Curiosamente, el verbo «gritar» (λαω en griego) está igualmente emparentado etimológicamente con Lilith, el viejo mito de la Prostituta sagrada de Innana, mencionada en el Antiguo Testamento (*Isaías*, 34: 14) cuyo relato, junto con los relatos de creación del hombre y de la mujer por Yahvé en el Génesis (1, 2), dará lugar al mito moderno. El mito de Lilith, en todos sus avatares³, recorre la historia de la literatura semítica, desde los primeros textos y corrientes del judaísmo (*El Talmud*, la Cábala), en los que se menciona la diosa para prevenir contra sus malas influencias, hasta los textos más contemporáneos (Philippe Sollers en *Femmes*). Citemos las precisiones que, en *Sacred Origins of Things*, hace Charles Panati (1996: 86) con mucha erudición y no poca ironía:

Lilith is independent, self-reliant, and she doesn't wish to bear children; the idea of motherhood bores her. She's obsessed with her career (which appears to be doing evil)... The scribes made Lilith a bitch, who abandons her husband and spends aeons killing babies and causing miscarriages.

³ Para un interesantísimo repertorio de los avatares del mito de Lilith en la literatura, véase *Dictionnaire des mythes littéraires*, cd. Pierre Brunel (París: Rocher, 1988, 959-964).

Como la Madre Diosa, como Isis, como Astarté, Lilith sólo puede traer, por un lado, la desgracia entre los hombres: «¡Ah, si hubiera podido desequilibrarme un poquito! Sería un ser *infeliz* como tú, pero no ridículo como soy ahora» (171) le confesará Carlos; por otro, el caos y la destrucción del orden social: «No sabía comportarse» (57), y posiblemente la propia caída: «Pues cuando llegues a lo alto te estrellarás» (95), de la que es sí misma consciente: «¿O por qué no dejar, por lo menos, que los que son así lo desean avancen y se estrellen si ese es su gusto?» (108); «Temo algunas veces que [mis dudas, inquietudes, sueños, desesperaciones] me lleven al suicidio o al manicomio» (135), se lamenta Vida. ¿No es éste otra vez el antiguo mito de Lilith la rebelde, que en su afán de libertad y de placer, en igualdad al hombre, se pierde a sí misma así como a aquellos que encuentra en su camino?

Efectivamente al límite de lo humano, entre bestia y diosa, la mujer autónoma sólo puede estar loca, es decir, dislocada (en el sentido etimológico de la palabra) y distanciada de lo humano.: «Si te mantienes... gustándote ese calificativo de indomable, si estás dispuesta a obrar como un ser humano o... sobrehumano... no habrá hombre que se atreva contigo y serás una de esas existencias que son asombro y lástima de las generaciones futuras» (85); «Pero ellos mismos respetaban y comprendían la distancia, manteniéndose lejos, con frialdad y despecho unos, con afecto y curiosidad los más» (68); «Al menos, tú dices locuras, pero no sandeces» (81); «Es una inteligencia indisciplinada y loca» (92), siempre fuera de los márgenes socialmente aceptables: «Acabarás en un manicomio, si no te dejan seca de un pistoletazo» (160). Segura de su superioridad, Vida se resigna a su condición: «A las mujeres como a mí no se las ama. Se las admira, se las teme, se las contempla de lejos, con adoración un poco asustada, como algo deslumbrante y peligroso» (116): después de todo, ¿no se ha tipificado dentro de la teoría psicoanalítica un «complejo de Lilith»⁴, al que Freud aludió indirectamente en su descripción de Andreas-Lou Salomé⁵, mujer que presuntamente también sirvió de inspiración a Wedekind para el libretto de *Lulu*, la ópera alemana de Alban Berg?

La misma suerte le está reservada a la mujer libertina (palabra, de hecho, etimológicamente emparentada, a través del sumerio, con Lilith y con lascivia), como califica a Vida el director de una revista para la que ella escribe: «¡Cualquier hombre se atreve con esa revolucionaria en amor, que tiene veinte años y parece con más

⁴ Cf. Fritz Wittels, *Dictionnaire de psychanalyse et de psychotechnique*, ed. Maryse Choisy (París, Psyché, 1949).

⁵ Sigmund Freud, *The Freud Journal of Lou Andreas-Salomé*, trad. Stanley A. Leavy (London: Quartet Books, 1987).

experiencia que Ninon de Lenclos!⁶ (94); «ni a tiros se casa» añadirá (94). A ella, la ausencia de amor le produce «silenciosos accesos de furor y mudas cóleras» (125).

La mujer cae siempre dentro uno de los dos estereotipos: la dominada o la dominadora, Eva y Lilith, Solveig y Hjordis. Recordando el drama lírico de Ibsen (1867) *Peer Gynt*, la oposición, mencionada como título del capítulo VII de *La Indomable* entre Solveig, la mujer dulce, «la aproximación del ideal» (121) cuya pureza salva a Peer de su falta de voluntad y de la anarquía, y Hjordis, la mujer fuerte, «la negación del sacrificio», la inalcanzable, es al fin y al cabo el drama que tiene que vivir Vida, cuando Bernardo Altay, secretamente enamorado de ella pero sintiéndose acobardado, prefiere traicionar su ideal de mujer y casarse con Armonía, que, en boca de la narradora, tenía «cierta gracia especial, cierto encanto hecho de suavidad y ternura, que conmovía y hechizaba» (98): «¡Oh, con poco me contentaré!», aducirá Bernardo: «Poco es lo que me merezco. Una mujercita humilde y dulce, dispuesta a unir su oscura vida a mi vida oscura» (112).

Pero por otro lado, la ideología contenida en *La Indomable* muestra hasta qué punto esta obra está circunscrita al momento histórico que la vio nacer: como lo afirma Mary Nash⁷, mientras a principios de nuestro siglo, en muchos países europeos y en los Estados Unidos, las mujeres clamaban por sus derechos políticos, en España, en Italia y en menor medida en Francia, la mujer progresista, incluso cuando es anarquista, reclama la diferencia y no la igualdad: la maternidad y la educación, por ejemplo, siguen siendo roles esencialmente femeninos. En un artículo titulado «La mujer, problema del hombre», de *La revista blanca* del 01/06/1927, escribe F. Montseny: «Los hijos, por ley natural, pertenecen a la madre.... La madre es la que insufla el alma, a la vez que nutre el cuerpo. Ella ha de ser, pues, la formadora y la educadora, el artífice que cincele la obra maestra» (Nash, 1976: 36). Contra todo pronóstico, hoy día son precisamente estos países tradicionalmente católicos los que presentan el índice de natalidad más bajo de toda Europa, estando España a la cabeza de lista. Basta leer, para cerciorarse de ello, los títulos de los

⁶ Anne Ninon, llamada Ninon de Lenclos. Dama francesa (París 1616 — *id.* 1706). Cultivada, de costumbres liberadas (tuvo por amantes a Coligny, al Grand Condé, al marqués de Estrées), apreciada por M^{me} de Maintenon, M^{me} de La Sablière y M^{me} de Lafayette, reunió en su salón a una sociedad espiritual que hacía, como ella, profesión de libertinaje en sus costumbres (en tanto que discípula de Epicuro) y en sus ideas (como lectora de Montaigne). Amiga de Saint-Evremond a quien remitió sus *Cartas* (publicadas en 1886), sirvió de puente entre la corriente escéptica del siglo XVII y el movimiento filosófico del siglo XVIII (*Le Robert des Noms Propres*, art. «Lenclos»).

⁷ Mary Nash, «Un/Contested Identities: Motherhood, Sex Reform and the Modernization of Gender Identity in Early Twentieth-Century Spain». *Constructing Spanish Womanhood: Female Identity in Modern Spain*, eds., Victoria Lorée y Pamela Beth Radcliff (Nueva York: State University of New York, 1999 25-49).

artículos publicados por *Mujeres libres*⁸. La protagonista de *La Indomable* se llama Vida: ¿no remite precisamente «la Viva» a *Eva*, madre de todos los seres vivos? (Génesis 3: 20).

Sin duda, el propio discurso de Vida acerca de su natural bondadoso:

No había ser más afectuoso, más dulce, más grato con los humildes, los viejos los niños, las pobres mujeres, los presos, los desgraciados, los muchachos tímidos, llegados de lejanos pueblos, de virgen corazón y todo él encendido en amor hacia el ideal entrevisto (126),

y del papel fundamental y fundador de la maternidad en la vida de la mujer, «ese instinto maternal que hay en toda mujer» (138), se aleja decididamente de la actitud de Lilith tal y como la hemos visto, apelando en cambio al contexto ideológico que, en relación a este tema, impera en el anarquismo español femenino en el momento en que Montseny compone su obra. En oposición, y tras haber aludido a los comentarios de Panati, merece sin duda la pena citar en su integridad el discurso de Vida, puesto que retoma el tema de la madre consciente, tema tan machacado entre y por las anarquistas y, posteriormente, feministas españolas:

No quiero tener un hijo como una coneja tiene sus conejos... ¡Ser madre! Quizá usted no comprende todo el alcance augusto de esa palabra. Ser madre, quiere decir hacer, con sangre de nuestra sangre y carne de nuestra carne, crear un hombre o una mujer futuros. Ser madre quiere decir sufrir, sacrificarse, vivir, amar, eternizarse en una obra de ideal. Ser madre quiere decir crear en nuestra propia carne, realizar de nosotros mismos, ¿qué digo? superar la obra mitológica de las divinidades. Los dioses creaban fríamente, animaban barro, daban apariencia humana a bloques de tierra, a nada supremo y amado. Las madres son más que los dioses: crean de sí mismas, crean en sí mismas y sufren y aman y pueden morir al crear. ¡Ser madre! ¡Oh!, ¿qué es la más perfecta obra literaria, el cuadro más bellissimo, la más sublime escultura, ante la obra de carne y sangre, la obra ardiente, forma, pensamiento y alma de un hijo? (132)

Este extracto condensa la visión estereotipada de los dos tipos de mujer (sacificada y portentosa), aunados bajo el gran denominador común: la maternidad. Así pues, tal y como se ha mostrado, se pueden articular en la novela los predicados sobre la mujer (visión externa e interna) en cuatro términos distintos, homologables

⁸ *Mujeres Libres: España 1936-1939*, ed. Mary Nash (Barcelona: Tusquets, 1976). He aquí un elenco: «Pedagogía», «Enseñanza nueva», «Niños», «Niños, niños, niños», «Niño», «No es mejor madre la que más aprieta al hijo contra su seno, sino la que ayuda a labrar para él un mundo nuevo», «El niño sano», «El niño crece», «La primera infancia», «Nuestra labor en la Casa de Maternidad de Barcelona». Es decir, en la antología de Nash, unos 10 sobre la cincuentena de artículos recogidos.

de dos en dos de la siguiente manera, y que corresponden, en *La Indomable*, a dos arquetipos de mujer; cada uno da lugar a un mito y a su contra-mito, que, con sus respectivos temas, funciona como el reverso del otro:

Arquetipo 1		Arquetipo 2
sometida	vs.	dominadora
indómita	vs.	indomable

MATERNIDAD

En suma, Vida no logra escapar a uno de ellos (es a la vez indomable y dominadora, tanto desde la perspectiva externa como interna), pero su propiedad principal no es la que titula la novela, sino la posibilidad de crear a través de la carne (y no del espíritu), tal y como lo indica el nombre de la protagonista: gracias a ello la mujer supera no sólo al artista creador, sino a los mismos dioses. La vida genera vida, «creando de sí misma y en sí misma», sin el concurso del hombre: mistificación de la maternidad y del poder creador de la mujer, elevada a la categoría de superdiosa, que a su vez provoca, y ha provocado en el hombre el discurso de la superioridad propia que pretende domoñar a la mujer. Pero por otra parte, esta novela corta, auténtico manifiesto de la utopía anarquista, permite rescatar la experiencia literaria de la mujer anarquista y por ende cuestionar un canon literario centrado en la experiencia literaria del hombre anarquista.

Bibliografía

- La Bible: L'Ancien Testament et le Nouveau Testament*. Traduction Oecuménique de la Bible. (1996): París, Editions du Cerf.
- BAROJA, P. *La aurora roja* (1965): Barcelona, Planeta.
- BERG, A. *Lulu: Opera en tres actos* (Zurich, 1937), Libreto de Frank Wedekind.
- BLASCO IBÁÑEZ, V. (1998): *La bodega*, Madrid, Cátedra.
- DON JUAN MANUAL (1985): *El conde Lucanor*, ed., María Isabel Santana y Víctor Ruano, Tarragona, Tàrraco.
- MOLINER, M. (1996): *Diccionario de uso del español*, CD-ROM, Madrid, Gredos.
- MONTSENY, F. (1991): *La Indomable*, Madrid, Castalia-Instituto de la Mujer.
- NASH, M. ed. (1976): *Mujeres Libres: España 1936-1939*, Barcelona, Tusquets.
- NEUSNER, J., trad. (1994): *The Talmud of Babylonia: An American Translation*, Atlanta, Scholars Press.

- PANATI, C. (1996): *The Sacred Origin of Things: The Stories behind the Rites and Rituals of the World's Religions*. Nueva York, Penguin.
- PASCUAL DE SANJUÁN, P. (1918): *Flora o la educación de una niña*. Barcelona, Hijos de Paluzié.
- REY, A., ed. (1987): *Le Grand Robert de la langue française*. París, Dictionnaires Le Robert.
- SHAKESPEARE, W. (1997): «The Taming of the Shrew», *The Unabridged William Shakespeare*, eds. William G. Clark y William A. Wright, Filadelfia, Courage.
- SOLLERS, P. (1983): *Femmes*. París, Gallimard.
- WITTELS, F. (1949): *Dictionnaire de psychanalyse et de psychotechnique*. París, Psyché.